

Atreverse a luchar. La izquierda revolucionaria y la transición en Navarra

(Imanol Satrustegi Andres,

Txalaparta, 2025)



ENRIQUE GONZÁLEZ DE ANDRÉS

CSIC

[e.gonzalez1963@hotmail.es • <https://orcid.org/0000-0001-6277-7577>]



El presente trabajo se adentra en una de las temáticas menos conocidas de la Transición española, el rol de las organizaciones políticas denominadas «radicales» o «revolucionarias» de inspiración marxista, es decir, aquellas que se ubicaban a la izquierda del Partido Comunista de España (PCE), por aquel entonces principal fuerza antifranquista por su extensa e intensa implantación. Contiene, además, el interesante añadido de que se centra en uno de los territorios donde el ascendiente de dichas entidades, tanto cualitativa como cuantitativamente, tuvo un impacto social digno de mención, Navarra. Como muy bien se apunta en el prólogo, «Nafarroa es... una excepción, ya que aquí las nuevas culturas e ideologías políticas tuvieron

más eco que en la mayor parte del Estado español y superaba en influencia al Partido Comunista».

Obviamente, ese predominio se difundió a través de una jerga ciertamente divergente y se expresó por medio de unas praxis algo diferenciadas de las efectuadas por el PCE en otras zonas, aunque más coincidentes con las llevadas a cabo en el País Vasco, donde esas fuerzas políticas también fueron hegemónicas, superando, incluso, a la izquierda abertzale durante un determinado tiempo. Por ello, la afirmación de que el PCE fue el partido del antifranquismo, si bien resulta correcta, es necesario aquilatarla. En Euskal Herria al menos, los partidos del antifranquismo fueron otros, pero es que, además, se debe ir un paso más allá en esta caracterización. La existencia de estas formaciones «radicales» debería explicarse en función de que supieron conectar con numerosas capas de activistas que se fueron radicalizando a medida que el franquismo iba perdurando y el capitalismo no satisfacía las más perentorias necesidades de la población trabajadora, ni las más elementales

exigencias democráticas y culturales. Ahora bien, un componente crucial de este incremento de su radio de acción entre amplios segmentos de la juventud y de la población trabajadora pareció provenir, fundamentalmente, del rechazo que generaban los discursos y las actuaciones propuestos por la dirigencia del PCE para alcanzar la anhelada ruptura política y socioeconómica, más que de la conexión programática y estratégica con las mencionadas entidades.

Relatar este protagonismo como hace Imanol Satrustegi no solo contribuye a esclarecer la compleja dinámica histórica de aquel periodo y, en especial, por qué cayó la Dictadura, sino que posibilita dar voz a los que no la suelen tener, si nos atenemos a la mayoría de las investigaciones historiográficas. Entiendo que historiar el activismo de esa militancia, de esos simpatizantes y de aquella periferia social por construir una sociedad donde no tuviera cabida ningún tipo de explotación y el ser humano pudiera desplegarse en libertad, supone testimoniar una de las acciones más excelsas que se pueden desarrollar en el seno de la humanidad.

En este sentido, la utilización de la historia oral como procedimiento investigador que practica Imanol Satrustegi es absolutamente pertinente y está plenamente justificada. Las experiencias de las personas que, como dice el autor, «no dudaron en arriesgar su puesto de trabajo, su libertad e incluso su vida» a implementar una revolución que sepultara tanto al régimen franquista como al sistema sobre el que se sostenía, el capitalismo, están expuestas en el presente trabajo con bastante rigor y ubicadas en consonancia con la indudable relevancia de ese objetivo.

Según la relación detallada que aparece al final de la publicación, el número total de entrevistas manejadas asciende a más de ciento diez, dato muy emblemático a este respecto, pero es que, para más inri, una de las conclusiones que resultan más esclarecedoras sobre esa cultura militante que se describe en el libro reside en que la mayoría de ellos no se arrepienten en absoluto de los esfuerzos que hicieron, ni de las privaciones y sacrificios que les comportó. Muchos de ellos volverían a hacerlo. Por todo ello, conviene recordar que «(...) Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades... Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva»¹.

Comprender el cambio tan brusco que se produce en Navarra en apenas unos lustros del siglo pasado y sus ramificaciones constituye una de las aportaciones más llamativas del libro. De la Navarra principal vivero del apoyo civil a las huestes fascistas de las décadas de los treinta y cuarenta a la antifranquista y rupturista de finales de los años sesenta y setenta, prolongada en la siguiente. Esta evolución tan explosiva choca con aquellas narrativas históricas en donde todo transcurre de forma lineal, progresiva y sin apenas sobresaltos. Por un lado, se enfatiza, correctamente,

1. Le Goff, Jacques (1991): *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós Ibérica, p. 134.

el tsunami transformador que proyectó aquella sombra alargada internacional, cuyo origen podemos datar en torno a mediados de los sesenta y, en especial, alrededor del dilatado 1968. Aquella sacudida llegó a inundar tanto a las potencias capitalistas como a los países del Tercer Mundo, alcanzando, inclusive, a no pocas naciones del llamado «bloque comunista». Por otra parte, se hace hincapié en otro factor clave para entender esa metamorfosis. Se asiste al paso de una sociedad con una prominente fisonomía rural a otra fuertemente industrializada en un espacio temporal relativamente corto del siglo XX, lo que tendrá consecuencias sociales muy pronunciadas, entre las que se ha destacado la presencia de «una nueva», aunque habría que introducir matices a esta calificación, y potencialmente poderosa clase obrera industrial². De ahí, la referencia que se explicita acerca de que «aquel ciclo de protesta tuvo mucho más de *asalto proletario* que de *contracultura juvenil*», si bien este último concepto se ha utilizado más que como una definición de lo acaecido en esos instantes como un intento de difuminar el contenido de clase de aquellas protestas y movimientos universales. Es más, el autor considera que los atributos más acusados del precitado «asalto», y coincido con él, serían la imponente solidaridad de clase, el amplio rechazo a la fortísima represión estatal y empresarial, la significativa participación popular y su combatividad sociopolítica, la enconada disputa por los espacios públicos hasta hacía bien poco monopolizados por las élites, el extendido cuestionamiento de la autoridad y de la legalidad, así como la creciente radicalización ideológica con claros signos anticapitalistas.

Precisamente, en relación a estos últimos rasgos, otra derivación colateral que se detalla en la investigación es la política, que se manifiesta en una tendencia más izquierdista en el movimiento antifranquista y en capas amplias de la clase trabajadora que la existente en el resto del Estado español, a excepción del País Vasco. Este denominado «movimiento radical de masas vasco» no tuvo «un programa unificado, pero... rechazaba la monarquía parlamentaria y la economía de mercado», cuyo arranque se explica, entre otras aportaciones, por el impulso del tejido asociativo cristiano que «cumplió un papel fundamental», producto de la relevante ausencia de casi todos los referentes políticos, sociales y culturales de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero. En resumidas cuentas, el autor entiende que el proceso de formación de aquella clase trabajadora tendría una especie de cordón umbilical que describe de esta guisa: En los cincuenta y sesenta, el protagonismo recaería en las organizaciones seculares apostólicas; en los setenta, en el movimiento sociopolítico de las Comisiones Obreras (CCOO) y en la izquierda revolucionaria; y, en los ochenta y noventa, en una mezcla de diversos movimientos contestatarios contra el statu quo vigente, sobresaliendo Euskadi Ta Askatasuna (ETA) y sus agrupaciones satélites.

2. Sobre este particular, véase González De Andrés, Enrique (2023): «La configuración de la clase trabajadora navarra durante el tardofranquismo. Una visión desde el materialismo histórico», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 45, pp. 321-345.

Sin duda, este libro se aproxima a las pretensiones iniciales del autor en no poca medida. Cumple una inequívoca función social porque trata de «aportar su granito de arena a los movimientos sociales de Euskal Herria», partiendo de la base del hecho cierto de que «(...) Nos enfrentamos a una profunda crisis social, ecológica y bélica». No obstante, estimo que hay lecciones de aquellos acontecimientos que, aunque mediatizados por una serie de peculiaridades propias del territorio objeto de análisis, fueron tan ricas en vivencias que pueden ser generalizables a otros episodios históricos en los que la lucha de clases volverá a tomar un papel protagónico.

A modo de carencia de estas organizaciones a la hora de enfrentarse al reto de la consecución de una sociedad anticapitalista en esos instantes históricos, se alude a que el programa no estuviera «unificado». Sin embargo, se debería haber profundizado más. Quizás, hubiera sido muy positivo profundizar en el por qué dichos proyectos no parecieron conectar con las principales constantes vitales de ese momento histórico. Gran parte de ellas, señalando específicamente a las maoístas por ser las más cuantiosas, se diferenciaban de los planteamientos de la dirección del PCE a través de un lenguaje más radical e incisivo, pero, en sus estrategias revolucionarias y en su praxis, la controversia descendía muchos enteros, cuando no se traducían en múltiples coincidencias³. Por ello, hubiera sido muy positivo indagar si hubo algún tipo de conexión entre el fracaso de la izquierda que parecía ser más radical que el PSOE y ese alejamiento programático y analítico de la realidad. Máxime cuando todo apunta a que «atreverse a luchar» fue absolutamente necesario para la consecución de «numerosas victorias parciales», pero insuficiente para implementar ese «anhelo emancipador», cuyo vehículo esencial pasaba por el papel decisivo que desempeñaba la clase trabajadora y que, todavía hoy, lo sigue haciendo. Discrepo, por tanto, con la taxativa afirmación del autor de que «la clase obrera haya desaparecido como actor político y sujeto histórico».

Finalmente, puntar que la bibliografía relacionada me ha parecido idónea para el tema objeto de investigación, si bien he observado que no estaban algunos trabajos de cierta importancia historiográfica, lo que no implica estar de acuerdo con el sesgo ideológico de estos. Se recomienda el cotejo de la bibliografía relacionada en el trabajo explicitado en la nota a pie de página 2 de la presente reseña, añadiendo, a su vez, las siguientes publicaciones de Josep Climent sobre la relevancia del carlismo (ambas de 2023): *Del tradicionalismo al socialismo autogestionario. La evolución de la militancia carlista en la época de don Javier y Carlos Hugo (1956-1980)*, Castellón, Universitat Jaume I; y *Una represión olvidada. El carlismo perseguido por la dictadura franquista y la extrema derecha (1955-1982)*, Iruñea, Txalaparta.

3. Véase, entre otros trabajos, González De Andrés, Enrique (2020): «Partido Comunista de España versus Izquierda Radical. Teoría y praxis desde el antifranquismo hasta la revolución», en Ana Sofía Ferreira y João Madeira (coords.), *As esquerdas radicais ibéricas entre a ditadura e a democracia. Percursos cruzados*. Lisboa: Edições Colibri, pp. 11-24.